

Amotillos



Es viernes. Son las doce menos cuarto de la noche. Tiempos atrás diríamos eso de "se acerca la hora de las brujas". Pero estamos en el siglo XXI. No hay hechiceras. Fuera supersticiones. En su lugar, irremediadamente, no tardarán en llegar los amotillos, esos diabólicos engendros con dos ruedas, cuya potencia expresada en centímetros cúbicos es inversamente proporcional a su capacidad de hacer ruido; aparatos siempre conducidos por chavalotes despreocupados, supongo que con todo resuelto, porque esas máquinas cuestan una pasta.

Les digo, antes de continuar, que me inspiro para este artículo en Antonio Burgos quien, con su gracejo habitual, incorporó a la columna periodística la denominación que el habla vulgar reserva para los ciclomotores, muchos de ellos indignos y escandalosos herederos del "Vespino": amotos, amotillos.

Asignados los royalties, conviene analizar, siquiera someramente, en qué consiste un fenómeno que se manifiesta en forma de un niñato subido a un aparato que, decididamente, no sabe manejar correctamente en la mayoría de los casos y que posee porque se lo ha comprado su papá o, en su defecto, y como bien dice Burgos, su abuela.

Primera observación de campo: ciclomotor con ruedas pequeñas, heredero de la añorada "Vespa". Siempre se ha dicho que esas ruedas hacen peligrosa la maniobra de tomar las curvas si uno no es prudente. No importa. Las curvas no son obstáculos para el pequeño angelnieto.

Segunda: el niñato, con cara de velocidad, muy machote, se inclina para cortar mejor el viento, intrépido centauro del asfalto. Los dentistas se frotan las manos.

Tercera: si a la grupa metálica sube una chica, la velocidad se incrementa.

Cuarta: Si llevan casco, no tienen los papeles en regla. Si tienen los papeles, no les funciona el silencioso. Si todos los papeles y requisitos técnicos están en perfecto estado de revista, circulan por dirección prohibida. Si se diera el improbable caso de que se cumplan las normas en su plenitud, el conductor tiene sesenta años. Además, es más que posible es que el niño no tenga ni papeles, ni silencioso, ni casco, conduzca a toda velocidad, por dirección prohibida y con pasajero atrás.

Quinta: si al pasar atronando lo insultas, es tarea inútil. En primer término, porque al niñato le resbala. En segundo, porque, como es obvio, es imposible que te oiga.

Sexta: "No hay quien pueda con ellos", es la expresión resignada de los municipales, que tienen que optar entre formar un show y denunciar a cientos de ciclomotoristas, si consiguen que se paren cuando se lo ordenan, o soportar las iras de los políticos, que se asustan pensando que poner multas es impopular. Evidentemente, la autoridad se vuelve liberal: laissez faire, laissez passer.

Séptima: aliados de Murphy, siempre pasarán por la puerta de tu casa, a toda pastilla y a escape libre, en el momento crucial en que el protagonista de la única película de la televisión que te ha interesado en los últimos diez años va a pronunciar la frase clave, la que desenmaraña el misterio.

En fin, sufridos lectores. Todo esto pudiera resultar hasta gracioso, si no fuera porque el comportamiento incívico de los moterillos no es sino reflejo de otros muchos que están a la orden del día. Y porque no hay que olvidar que, tristemente, es raro el fin de semana en que no hay accidentes, algunos con consecuencias fatales. Estas dos circunstancias hacen del problema algo serio, y deberían reflexionar padres y autoridades. Me parece.